

Tonantzin en vez de la Guadalupeana, Tezcatlipoca en lugar del Cojito, Mayael por la Borracha, entre otras. La frase ritual “Él es Dios” será sustituida por “Inin teotl” o “Mexica tiaui”, su líder se denominará tlacatecutli y los danzantes se harán llamar la tradición mexicana.

Con la toma del Zócalo, a finales de los ochenta la explanada del Templo Mayor se convierte en el espacio óptimo para realizar rituales y ganar adeptos, principalmente entre los jóvenes, como preparación de las nuevas generaciones, quienes atraídos por el discurso mexicanista se acercan a la danza como una forma de iniciación. Los danzantes mexicanos se apropian también de otras plazas en la ciudad de México, como Coyoacán, Chapultepec y Xochimilco, convirtiéndolas en importantes espacios del ritual mexicanista, donde los más diversos kalpullis celebran las festividades del calendario náhuatl, como Tlacaxipeualiztli (la fiesta de la primavera) y Mihcailhuitl (día de muertos). Es principalmente en estos lugares donde ejecutan cotidianamente la chitontequiza. Tratan de acercarse lo más posible a las danzas prehispánicas a través del estudio de las crónicas y los códices. Aunque algunos se iniciaron en la danza conchera con los capitanes Andrés Segura y Felipe Aranda, en aquellos años adquieren importancia grupos como los Tlacuilos, Ollin Ayacatlí y el kalpulli de danza del Zemanáhuac Tlamachtilyan.

Los danzantes mexicanos consideran a la tradición conchera una práctica espiritual donde el danzante-guerrero se convierte en un centro envuelto por las cuatro energías primordiales, que se dirigen hacia él y lo penetran para inducirlo hasta el último rincón del universo. Siendo él mismo un